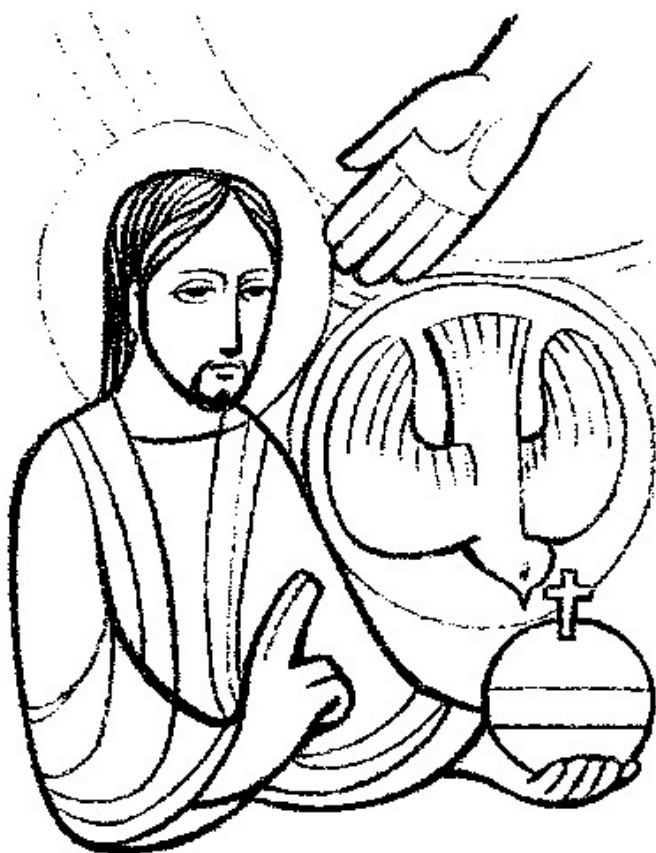


Dios Trinidad

(Ciclo A)

Ex 34,4-9 + 2 Co 13,11-13 + Jo 3,16-18



Si por un imposible la Iglesia dijera un día que Dios no era Trinidad, ¿cambiaría en algo la existencia de muchos creyentes? Probablemente, no. Por eso, queda uno sorprendido ante la siguiente confesión: «Pienso que si Dios no fuera Trinidad, yo sería probablemente ateo». La inmensa mayoría de los cristianos no sabe que al adorar a Dios como Trinidad estamos confesando que Dios, en su intimidad más profunda, es sólo Amor, acogida, ternura: «Tanto amó Dios al mundo...»

Cuando no hemos descubierto todavía que Dios sólo es Amor, fácilmente nos relacionamos con Él desde el interés o el miedo. Un interés que nos mueve a utilizar su omnipotencia para nuestro provecho. O un miedo que nos lleva a buscar toda clase de medios para defendernos de su poder amenazador. Sólo cuando uno intuye que Dios es sólo Amor, presente y palpitante en lo más hondo de nuestra vida, comienza a crecer en nuestro corazón la confianza en un Dios Trinidad del que lo único que sabemos en Cristo es que no puede no amarnos.

Jesús de Nazaret decía, en nombre de Dios, que había llegado el reino con Él; una nueva forma de vida humana basada en el conocimiento de Dios como Padre de todos; que la voluntad del Padre es la realización de una fraternidad efectiva en el amor entre todos los hombres, hijos del mismo Dios. El verdadero gozo del Padre y de los hijos es poder encontrarnos, viviendo en la bella casa familiar, en fraternidad con los hermanos.

La presencia permanente y eficaz de Dios entre los hombres.

Jesús había prometido que enviaría, de parte del Padre, su Espíritu, que les iría enseñando lo que todavía no habían podido entender. El Espíritu es portador de una presencia nueva e íntima de Dios entre los hombres; es la autodonación de Dios a los hombres, por la cual ya no se nos manda como desde fuera, sino la fuerza y la vida de Dios se interioriza en nosotros, constituye nuestra vida, nuestra fuerza y así nos transforma. Ser cristiano no es sólo creer en Dios e intentar cumplir los mandamientos; es creer en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. La experiencia de Jesús de Nazaret y la experiencia del Espíritu prometido por Jesús aportaron una nueva revelación de Dios, una nueva manera de verle y de relacionarse con los hombres. El amor salvador del Padre, promulgado y presente a través de su Hijo, Jesús, y realizado permanentemente por la fuerza del Espíritu, ofrecido a los creyentes en el Bautismo, crea un pueblo libre y fraterno.

Transparencia de una experiencia de Dios: Dios es Uno y Trino.

La experiencia fundante de la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo proyecta un rayito de luz, por la que vislumbramos que Dios es aquel que tiene su gozo y su plenitud en comunicarse, en darse, en amar con total libertad. Dios, en sí mismo previamente a la creación, es vida y comunión de vida en el intercambio inefable de los tres.

Puesto que Dios es en sí mismo comunión, comunicación, entrega, amor, podrá comunicárcenos por el Hijo y el Espíritu. El misterio de Dios Uno y Trino nos muestra que al principio existe la comunión, la comunidad, el amor, la igualdad radical en la distinción real. Si esto es así, la persona, –imagen de Dios–, es un ser de comunión, en y para la comunión. Y los seres humanos se asemejan a Dios mediante la comunidad y la reciprocidad de vida. La imagen perfecta de Dios en la tierra no queda reflejada en el individuo aislado, sino en la comunidad humana. Esta sabiduría proporciona una forma de ver y comprender: la vida es comunicación; las personas sólo pueden desarrollarse en un ambiente relacional y comunitario.

La Trinidad, ¿programa social?

Hace unos años alguien frente al comunismo proclamó: «Nuestro programa es la Trinidad». No cabe duda de que la Trinidad no es exactamente un programa social. Pero sí están presentes en ella las bases más sólidas para defender un concepto de hombre y de sociedad. En la experiencia del amor de Dios Uno y Trino el cristiano encuentra el motivo para empeñarse en la construcción del mundo justo, ya que dicha experiencia no la hace al margen de la historia de los hombres. Pues, precisamente en medio de la historia es donde se reconoce el paso de Dios entre los hombres. El cristiano podrá escuchar el murmullo del Espíritu de Dios en el clamor y gemido de una humanidad hambrienta de justicia, de paz, de amor, de dignidad humana. Un Espíritu que desenmascara el pecado histórico, la injusticia y los signos de muerte en nuestra civilización contemporánea. Un Espíritu que impulsa a la comunión, que se traduce en solidaridad, en perdón y reconciliación.